

Carisma franciscano-clariano (II)

"Igual que hizo con Francisco y Clara, Dios te sale al encuentro ¿es que no lo ves?"

Texto bíblico

Lc 9, 1-6: "No toméis nada para el camino"

Convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar. Y les dijo: No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno. Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de allí. En cuanto a los que no os reciban, saliendo de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. Saliendo, pues, recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes.

Lc 10, 2-9: "No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias"

Jesús les dijo: "La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. Mirad que os envío como corderos en medio de lobos. No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. En la casa en que entréis, decid primero: 'Paz a esta casa.' Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; curad los enfermos que haya en ella, y decidles: 'El Reino de Dios está cerca de vosotros.'"

Otros textos:

El compromiso de la búsqueda.

Hacia los 23 años, el proceso de Francisco entra en una serie de acontecimientos decisivos.

Un día iba a caballo Francisco por las afueras de Asís. De pronto se encontró con un leproso en el camino. Como era habitual en él, le invadió un profundo horror. Pero se dominó voluntariamente. Bajó del caballo, le dio dinero y además le besó y se dejó besar por él. Montó de nuevo en su caballo y se echó a correr. Pero en aquel gesto, su corazón había dado un salto adelante. Se sintió más y más avergonzado de sus cobardías y animoso para perseguir la victoria sobre su sensibilidad, con la ayuda de Dios.

A los pocos días fue más lejos. Tomó una gran cantidad de dinero, se fue directamente al lugar de los leprosos, los reunió y les fue dando dinero a cada uno besándoles la mano. Y al abandonar aquel sitio, lo que antes le era repugnante -ver y tocar a los leprosos- le parecía ahora dulce y entrañable.

Hasta estos días había sido hipersensible ante estos enfermos. Se echaba atrás al verlos, evitaba acercarse a donde estaban ellos, les enviaba ayuda por medio de otra persona y, en caso de proximidad, volvía la cara y se la tapaba con las manos. Ahora en cambio, la fuerza de Dios le estaba convirtiendo en amigo y familiar para con ellos; pasaba ratos y días con ellos y los servía. Aquella experiencia lo transformó, como cuenta en su Testamento. Aquello cambiaba su rumbo interior, incluso su rumbo de relaciones sociales.

A veces lo pasó mal. Había en Asís una mujer con una joroba espantosa y venía a su memoria como una amenaza de que quedaría igual si seguía por aquel camino. Francisco, en su ansiedad, profundizaba en su oración pidiendo al Señor que orientara su proceso.

A los pocos días tuvo otra experiencia de la mayor importancia. Se acercó paseando a la iglesia de san Damián y entró a orar ante una imagen de Jesús Crucificado que había allí. De pronto, sintió que el Señor de la Cruz le decía: "Francisco, ¿no ves que mi casa se cae? Anda, pues, y repáramela." Francisco, temblando y estremecido le contestó: "De muy buena gana lo haré, Señor."

Luz, compasión, alegría, entrega... todo se mezclaba en su corazón. Aquella voz era un mandato. Había que llevarla a la práctica sin dilación. Vació el bolsillo en manos del anciano sacerdote que cuidaba la ermita y corrió a casa.

Más tarde comprendió Francisco que el Señor estaba preocupado por la Iglesia con mayúsculas, que es su verdadera casa, no tanto por aquella ruinoso ermita. Pero en aquel momento la ilusión le impidió hacerse pregunta alguna. En casa tomó un alijo grande de telas, las cargó en el caballo y se fue precipitadamente a la ciudad vecina de Foligno, donde vendió las telas y también el caballo mismo. Volvió a san Damián, puso a disposición del sacerdote el dinero y le explicó que quería quedarse allí a reparar la ermita. El sacerdote, como todo Asís le conocía, se sobresaltó. Aquello podía ser una broma pesada. Evitó comprometerse con el dinero, que quedó abandonado en un rincón y accedió a que se quedara con él.

Un desfalco y luego ausentarse de casa, aquello había sido muy grave, y el corazón de su padre se resintió. Al saber que estaba en san Damián, tomó amigos y vecinos y marchó a toda prisa a buscarlo. Francisco se lo temía y optó por esconderse en una cueva. Fue un mes muy duro. Hambre, miedo, dudas, lágrimas... poco a poco comprendió que en realidad había tomado una opción definitiva y que había que darle la cara. Oró largamente, se confió a los cuidados de aquél Señor que contaba con él y salió. Sucio y desnutrido, ofrecía un espectáculo lastimoso. Todos pensaban que se había vuelto loco. En cuanto lo supo su padre, corrió a por él, se lo llevó a casa a empellones y lo metió en un recinto cerrado y oscuro. Allí se empeñó -a veces con razonamientos y a veces a golpes- en que volviera a la vida normal, como antes. Pero todo aquello mostraba a Francisco con nueva evidencia la disconformidad de criterios entre lo que piensa el mundo y lo que piensa el Señor de la Cruz. Así que creció su decisión y valor.

Faltó su padre por asuntos de negocios. Su madre, que no aprobaba la conducta de su marido, se quedó sola con su hijo y le habló dulcemente. Al ver que era imposible hacerle cambiar de proyecto, se le conmovió el corazón y lo soltó.

Francisco volvió a san Damián y arregló su estancia allí asumiendo la condición jurídica de servidor de la Iglesia. De forma que cuando su padre volvió y recurrió a la autoridad civil para que le trajeran a su hijo a la obediencia, ésta respondió que ya no tenía potestad sobre él. El padre recurrió al Obispo y éste llamó a Francisco a su encuentro y arreglo de cuentas con su padre.

Francisco se adelantó hacia su padre y llevando ante él el dinero, le dijo: "Señor, no sólo quiero devolverte el dinero adquirido al vender tus cosas, sino hasta mis propios vestidos." Y entrando en la recámara del Obispo, se desnudó de todas sus ropas y colocando encima de ellas el dinero, salió fuera desnudo delante del Obispo, de su padre y de otros presentes y dijo: "Hasta ahora he llamado padre mío a Pedro Bernardone; pero como tengo propósito de consagrarme al servicio de Dios, le devuelvo el dinero por el que está tan enfadado y todos los vestidos que tengo recibidos de él. Desde ahora deseo decir: Padre nuestro que estás en el cielo y no padre Pedro Bernardone." Su padre, temblando de rabia, lo

recogió todo y se fue. Los presentes rompieron a llorar de compasión por Francisco. El Obispo le ofreció su protección. Y Francisco no cabía en sí de alegría.

A partir de este momento, Francisco pasa de hacer cosas por los demás a vivir la propia vida como misión en actitud de hijo y de hermano de todos.

(Javier Unanue)

Proceso vocacional de Clara.

No pasó desapercibida a Clara la conversión de Francisco. Su cambio de vida, su renuncia a todos los bienes en presencia del obispo y de un gran gentío de la ciudad, su forma de vida sencilla y su predicación penitencial le llamaron hondamente la atención y fueron causa de serios interrogantes en su vida. Para resolverlos, decidió acudir a Francisco en persona, interrogarle y consultarle sobre cómo debía proceder en el futuro, toda vez que ella deseaba, igualmente, ser de Dios y atender a los más pobres y necesitados.

Pero tampoco Francisco ignoraba la vida de Clara, de la que hablaba la "fama pública." Uno y otro se buscan, atraídos por la belleza espiritual que irradian, para comunicarse sus experiencias y escudriñar juntos la voluntad de Dios.

En aquellas fechas, entre 1210-1212, Francisco había dado ya sus primeros pasos en el seguimiento de Cristo, contaba con algunos hermanos y había conseguido la aprobación oral de su fraternidad y forma de vida de parte del papa Inocencio III. Clara es una joven cercana a los dieciocho años, piadosa y recta, que huye de las bagatelas mundanas atraída por un amor más grande que el que pudiera proporcionarle un buen matrimonio.

¿De quién partió la iniciativa del encuentro de ambos? En el Proceso de canonización, Beatriz, hermana de Clara, atestigua que fue Francisco quien tomó la iniciativa dice: "Habiendo oído Francisco la fama de su santidad, muchas veces se acercó a ella para predicarle; Clara aceptó su predicación y se fue a servir a Dios tan pronto como le fue posible." No obstante, Bona, amiga de la infancia de Clara y que tuvo parte en estos primeros contactos entre Clara y Francisco, dice: "Madonna Clara fue tenida siempre por todos como virgen purísima, y tenía gran fervor de espíritu pensando cómo podía servir a Dios y agradarle. Por esta razón la testigo fue muchas veces con ella a hablar con Francisco, e iba secretamente, para no ser vista por los parientes." Y la Leyenda, por su parte, apunta la iniciativa de ambos: "Oyó hablar por entonces de Francisco, cuyo nombre se iba haciendo famoso y quien, como hombre nuevo, renovaba con nuevas virtudes el camino de la perfección, tan borrado en el mundo. De inmediato quiere verlo y oírlo, movida a ello por el Padre de los espíritus, de quien tanto él como ella, aunque de diverso modo, habían recibido los primeros impulsos. Y no menos deseaba Francisco verla y conversar con ella."

Francisco la anima, pues, a desposarse con Cristo y hacerse pobre con los pobres y Clara acepta.

(Cuadernillo "Conocer a Clara")

Jesús y el Evangelio.

Francisco se ha salido del sistema: negocio-dinero-orgullo-juerga-marginación de otros... ¡Se acabó! Ahora a vivir en comunión con Dios y a colaborar con El.

Libre Francisco de todo lo que constituye el sistema social de vivir, despreciando su antigua forma de vida, se entrega enteramente a Dios y a su proyecto. Lo importante es llevar a la práctica el mandato de Cristo: reconstruir san Damián. Lo va a hacer, bañando este trabajo con la inmensa alegría de su libertad y como escuela de unos hábitos de austeridad y

esfuerzo que no tenía. Tiene 24-25 años, el contraste entre su opción y el ambiente de criterios y formas de actuar de Asís es inevitable.

Entrando en la ciudad, desbordante de espíritu, empieza a cantar alabanzas al Señor por las plazas y barrios. Y terminadas estas alabanzas, se pone a pedir piedras para reparar la iglesita, diciendo: "quien me dé una piedra recibirá un regalo de Dios; quien me dé dos, dos regalos tendrá; quien me dé tres, recibirá otros tantos." Y así, por este estilo, decía otras muchas cosas sencillas. Muchos se burlaban de él teniéndolo por loco. Otros, conmovidos, no podían dejar de llorar al ver que en tan poco tiempo había llegado a tanta altura del amor de Dios.

Decidió correr la suerte de los pobres hasta el final. Comería, como cualquiera de ellos, con lo recogido de puerta en puerta. La experiencia de ver la bazofia que se juntó en su escudilla fue atroz. Pero haciéndose violencia, empezó a comer. Y de nuevo se sintió invadido de gozo. Dio gracias a Dios por haberle cambiado una vez más lo amargo en dulce y por consolarle de muchas maneras.

Mientras tanto, Francisco vivía como un tiempo de espera. ¿Cuál iba a ser su futuro? ¿Qué iba a hacer en la vida? Terminó de arreglar san Damián y también otra ermita. Y comenzó con una tercera: santa María de los Ángeles en el valle. Había roto con la vida del mundo ¿y ahora? ¿Sería monje o se integraría en uno de los grupos de radicalidad evangélica que se desarrollaban vigorosamente? Podría decidirse por la vida penitente o hacerse sacerdote secular o religioso en cualquiera de sus formas existentes...

Todavía era necesario seguir buscando. Y el Espíritu de Dios y su espíritu despierto y sensible que compartía las corrientes vitales de su momento histórico, iban madurando un proceso personal de reflexión, valoraciones, opciones.

Un día, acaso un 24 de febrero de 1208, día de san Matías, Francisco tuvo una intuición que se apodera de él y lo deslumbra: ¡había encontrado su camino, lo que Dios quería de él!

Un día se leía en la iglesia de santa María de los Ángeles el evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar (Lc 10, 2-9). Presente allí Francisco, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas. Terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicara el Evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el Reino de Dios y, al instante, saltando de gozo lleno del Espíritu del Señor, exclamó: "esto es lo que quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo del corazón deseo vivir."

Rebosando de alegría, inmediatamente cumple lo que acaba de oír. Ni un momento de espera. Se quita el calzado de los pies, echa el bastón y contento con una túnica, se pone una cuerda en lugar de la correa. Una túnica, desde luego, pobrísima y burda. Y empieza a anunciar la paz y la conversión. Lo hace con fervor de Espíritu, con gozo en el alma, con palabras sencillas y generosas que penetran hasta lo más hondo del corazón y conmueven profundamente a sus asombrados oyentes. "El Señor te dé la paz" dice a cada uno de los que encuentra y a quienes le buscan. Y muchos abrazan esta paz de todo corazón y se convierten en hijos de la paz.

Francisco vive con Dios como centro. Eso le produce libertad en la pobreza, alegría en el servicio. Todos, aunque de formas bien diferentes, somos invitados a vivir la experiencia de tener a Dios como centro. La vida de Francisco se desarrolla en las coordenadas de la fe, esperanza y amor. No está ya nunca solo, vive con Dios. Por lo tanto cuenta con El para todo,

recibe más y más. Y el dinamismo que se le concede, lo sostiene en sus actitudes de servicio por razón del Reino.

Hay una lógica interior en el corazón de Francisco: se siente amado por un Dios Bueno, amado gratis. Por lo tanto puede liberarse de sí mismo y de todo a favor de los pobres. Y por ello se siente libre para amar, lo cual le lleva a la gratitud y a la alabanza gozosa de Dios. Lo que piensan los demás le trae sin cuidado. A él se le ha concedido entender cosas que los demás no perciben. Le duele, es verdad, la malevolencia de la gente, pero encuentra en Dios fuerza y seguridad.

Francisco ya tiene un programa: EL EVANGELIO. ¿Qué significa el Evangelio para Francisco? La revelación del amor de Dios y también la forma de vivir que Jesús eligió para sí mismo y para sus seguidores. Francisco quiere vivir a Jesús entero, sus sentimientos interiores y su forma de vivir en la práctica. Francisco se propuso vivir el Evangelio a la letra. Es apasionante estudiar en su vida esta voluntad de vivir el Evangelio. También él comprendió que los valores evangélicos son vividos por los cristianos en formas acomodadas al tiempo y a las circunstancias. Pero siempre son válidos los centros del Evangelio. Francisco predica, anuncia y lleva la paz.

(Javier Unanue)

Su respuesta y en búsqueda de su identidad.

Por consejo de Francisco, el Domingo de Ramos de 1211 o 1212 abandona la casa paterna y es consagrada a Dios en la capilla de la Porciúncula en presencia de Francisco y sus hermanos.

Clara huye de su casa sola, pues Pacífica (que ha sido considerada tradicionalmente su cómplice en esta huída), no alude nada de ello en el Proceso, algo natural de haberla acompañado. Y su hermana Bona, se encontraba de peregrinación en Roma como lo atestigua ella misma: "San Francisco le cortó los cabellos en la iglesia de santa María de la Porciúncula, según había oído, pues la testigo no estuvo presente, ya que entonces estaba en Roma por la Cuaresma." Por lo tanto, la discreta compañía, a que se refiere la Leyenda se trataría seguramente de los hermanos que estaban con Francisco.

La tonsura realizada por Francisco resulta un acto insólito, toda vez que las vírgenes eran consagradas normalmente por el obispo. Francisco no era sacerdote, y quizá, en aquellas fechas, ni siquiera diácono, pero inventó para Clara una liturgia, según la cual el Domingo de Ramos, vestida con sus mejores galas, abandonaría la casa paterna, y dejando sus lujosos vestidos y su herencia, se asociaría a la Pasión de Cristo que la Liturgia de la Iglesia comenzaba a celebrar con más intensidad al fin de ese día.

De la Porciúncula partió al Monasterio de san Pablo de las Abadesas. ¿Con qué fin? ¿Para buscar refugio en él ante el previsible asalto de sus familiares? ¿Para afiliarse a la vida religiosa benedictina? No, cuando Clara abandonó su casa no conocía plenamente la voluntad de Dios y fue dando pequeños pasos para hallarla. Como apunta Celano, se encaminó hacia san Pablo "hasta que el Altísimo dispusiera otra cosa".

Su llegada al monasterio benedictino no fue para vivir en él como monja, sino como sirvienta. La situación de "siervo" era conforme al camino de seguimiento de Cristo pobre y crucificado que ambos habían abrazado. Al ingresar como sirvienta, Clara renunciaba a su condición social, lo cual suponía una afrenta, un ultraje y una ruptura con su familia, acentuada, además, por el hecho de que al vender su herencia los parientes habían querido dar más cantidad que ninguno de los otros, pero ella no había querido vendérsela a ellos, sino a otros, para que no quedasen defraudados los pobres. Y todo lo que recibió de la venta de la

herencia lo distribuyó a los pobres. Para Clara, la pobreza no era solamente una virtud, sino una condición de vida, la premisa insoslayable para realizar su ideal religioso. La familia no aceptó de buen grado la idea de que Clara hubiera hecho una opción tan radical y buscó, incluso por la fuerza, que desistiera de su propósito.

Después se trasladó a la iglesia del Santo Ángel de Panzo. Nuevamente nos preguntamos qué le movió a ello. Seguía buscando dónde y cómo realizar su ideal de perfección evangélica. Quizá no le resulta fácil practicar la pobreza personal en una estructura globalmente rica, como era el monasterio benedictino, aun cuando estuviera como sirvienta. Le parecía necesario que toda su vida, incluidas su casa y la iglesia fuesen pobres. El Santo Ángel no era una comunidad monástica constituida, sino una iglesia junto a la cual vivían un pequeño grupo de mujeres penitentes, que no profesaban una Regla oficialmente reconocida. Clara entró así en contacto con las nuevas formas de vida religiosa que proliferaban a comienzos del siglo XIII.

Allí se le une su hermana Catalina, que recibió el nombre de Inés al ser tonsurada por Francisco, tras haber resistido nuevamente el asalto y la presión familiar para hacerle desistir de su propósito.

Pero sólo en san Damián Clara e Inés encuentran su alojamiento definitivo. La nueva comunidad se sentía parte de la fraternidad de los hermanos, cuya cabeza era Francisco. Este, tras haber comprobado su perseverancia y arredo, escribió para ellas una forma de vida, en la que, principalmente, les exhortaba a perseverar en la santa pobreza. Junto a la forma de vida les prometió también dispensarles siempre, por sí mismo y por medio de sus hermanos, y como a ellos, un amoroso cuidado y una especial solicitud.

Francisco, que no quería acoger a mujeres a la obediencia, ni permitía que sus hermanos lo hicieran, hace con Clara y su comunidad una excepción justa y necesaria, porque un mismo espíritu había inspirado a los hermanos y a las damas pobres. Y el compromiso que adquiere no es una relación ocasional, sino para siempre, pues Francisco se compromete por sí mismo y por sus hermanos.

Seguir a Jesús con hermanos.

La conversión de Francisco produjo una gran impresión en Asís. Muchos dijeron que era una tontería, una exageración, un querer llamar la atención. Otros se emocionaron y dijeron que había que respetarlo. Algunos pensaron que era el camino que también ellos deseaban en el fondo del alma. El primero de éstos fue Bernardo. Era rico y en el mundillo político, importante. La forma de unirse a Francisco fue de la siguiente manera:

Un día se acercó a Francisco en secreto y le dijo que quería vivir con él. Francisco se alegró profundamente y dio gracias a Dios de corazón, pues recibía en este hombre un compañero y un amigo fiel; esto le demostraba que el Señor tenía cuidado de él. Bernardo le planteó una pregunta. Tenía muchos bienes: ¿qué iba a hacer con ellos? A esto replicó Francisco: "mañana muy temprano iremos a la iglesia y conoceremos por el libro de los Evangelios lo que el Señor enseñó a sus discípulos." Y efectivamente, llamando a otro señor llamado Pedro, que también estaba pensando hacerse hermano, fueron muy de mañana a una iglesia. Allí oraron pidiendo al Señor que les revelara su pensamiento. Y simplemente abrieron el Evangelio al azar.

Salió este mensaje del Señor: "Si quieres ser perfecto, vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo y ven, sígueme". (Mt. 19, 21) Volvieron a abrirlo del mismo modo y salió esto: "No toméis nada para el camino: ni bastón, ni alforja, ni

pan, ni dinero; ni tengáis dos túnicas cada uno". (Lc. 9, 3) Y a la tercera: "Aquél que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame". (Lc. 9, 23)

Para Francisco aquellos textos fueron como una confirmación de lo que venía pensando. Se volvió a Bernardo y a Pedro y les dijo: "Hermanos, ésta es nuestra vida y regla y la de todos los que quieran unirse a nosotros. Id pues, poned por obra lo que habéis escuchado."

Bernardo vendió todo lo que tenía y repartió el dinero a los pobres de la ciudad. Desde entonces vivieron juntos según la forma del santo Evangelio que el Señor les había mostrado.

Luego vino Gil. Ya eran cuatro. Suficientes para cumplir la otra indicación del Señor: anunciad la paz y la conversión. Y con la misma indecible alegría y gozo del Espíritu con que se habían reunido, se dispersaron de dos en dos por los caminos como heraldos de una buena noticia.

Vivían la más grande alegría en el Señor. Francisco, cantando en francés en voz alta y clara las alabanzas del Señor, bendecía y glorificaba la bondad del Altísimo. Tan íntima era la alegría del grupo que parecía que habían encontrado un gran tesoro en el campo evangélico, el de la libertad respecto a las cosas temporales. Cuando pasaban por ciudades y castillos, Francisco exhortaba a todos a que amaran y temieran a Dios y que se convirtieran de sus pecados. Y el hermano Gil amonestaba a los oyentes a que creyeran a Francisco, porque les estaba dando consejos estupendos. Cuantos los oían se preguntaban: ¿quiénes son éstos y qué están diciendo? Porque el temor y el amor de Dios estaban como apagados y se desconocía por completo el camino de la conversión; es más, era considerado como una tontería. Porque a tal grado habían llegado los placeres de la carne, la avaricia del mundo y el orgullo de la vida, que todos parecían prisioneros de ellos.

(Javier Unanue)

Seguir a Jesús con hermanas.

...Poco después de su entrada en san Damián llegaron Pacífica, la amiga que frecuentó la casa paterna desde la infancia, y Bienvenida de Perusa. Pero también más lejos se difundió la fama de su gesto y sobre sus huellas vienen a san Damián otras jóvenes deseosas de formar parte de este nuevo grupo evangélico que no tiene otra bandera que la de la humildad y pobreza de Cristo ni otro fin que el de seguir a Cristo hasta la cruz, viviendo con la "Hermana Pobreza", en comunión fraterna y plena apertura al espíritu del Señor. La Orden que está naciendo en san Damián es para Clara como una pequeña grey, que el Señor Padre engendró en su santa Iglesia por medio de la palabra y el ejemplo de Francisco, y por la pobreza y humildad que practicó en seguimiento de la del amado Hijo de Dios y de la gloriosa Virgen María su Madre.

Las hermanas arrastradas por el ejemplo de Clara, aprenden a dar sin medida, a ser fieles al ideal de su madre sin claudicar por motivo alguno. A Bienvenida se une Balbina de Martino y al año siguiente Felipa. Todas a ejemplo de Clara, al entrar en san Damián prometen obediencia a Francisco, que por su parte, toma bajo su cuidado a la pequeña comunidad de Damianitas, y al cabo de algún tiempo en que prueba con ellas su valor, les da una Regla que observar.

(Clara Augusta Lainati)

Oración

Omnipotente, eterno, justo y misericordioso Dios:
Concédeme por ti mismo a mí, miserable,
hacer lo que sé que quieres y querer siempre lo que te agrada,
a fin de que, interiormente purgado, iluminado interiormente
y encendido por el fuego del Espíritu Santo,
pueda seguir las huellas de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo,
y llegar por sola tu gracia, a ti, Altísimo,
que en perfecta Trinidad y simple Unidad
vives y reinas y estás revestido de gloria, Dios omnipotente,
por todos los siglos de los siglos. Amén.

Algunas preguntas

Muchas veces habrás mirado una imagen de Jesucristo o leído sus palabras ¿qué significa Jesucristo para ti? ¿Percibes lo que te ofrece? ¿Qué lugar va ocupando Jesucristo en tu mente y en tu corazón, en tu proyecto de vida?

Evidentemente, hacer una opción por el Evangelio nos pone en conflicto con algunos criterios de la sociedad pero ¿puedes someterte a ellos? ¿Cómo vives y elaboras el conflicto que la opción por Cristo te provoca?

¿Qué pasaría en el mundo, en el ámbito concreto en el que vives y te mueves, si vivieras el Evangelio?

¿Ves a Dios como Padre? ¿Confías realmente en El, sintiéndote seguro/a junto a El? ¿Hablas a menudo con El?

¿Se puede vivir hoy el Evangelio, en qué aspectos, hasta dónde?

Francisco y Clara se sintieron libres ¿cuál es la libertad que da una opción por Cristo?